

Editorial:

En el esfuerzo nacional para elevar niveles de vida y lograr altas metas de desarrollo económico y social, figura como recurso decisivo la supresión, (o disminución hasta débiles porcentajes), del analfabetismo, en forma simultánea con la preparación técnica de la clase trabajadora.

Lo que las esferas de Gobierno y en general el País realizan al respecto es digno de encomia; es un esfuerzo que pronto rendirá copiosos frutos: aumento de la productividad; mejora de la salud individual y de la capacidad de estudio y trabajo; y ante todo, disminución de ese monstruo que paraliza el progreso de las colectividades: la criminalidad

Pero este esfuerzo no será completo mientras no se le adicione la preocupación por la alta cultura y especialmente por la cultura científica. En nuestros medios se niega a veces su existencia y se duda de su necesidad como elemento esencial de progreso.

A destacados dirigentes universitarios y a personalidades de Gobierno hemos oído afirmar que la Ciencia es un refinamiento distanciado de nuestros recursos y posibilidades; que el papel de la Universidad debe reducirse a la formación de profesionales idóneos, profesores competentes y útiles técnicos, pues ya vendrá la hora cuando la alta lucubración científica pueda ser acogida y estimulada. Dejemos —dicen otros— que las grandes Potencias continúen a cargo de la investigación científica frontal, recojamos nosotros sus resultados.

Estas conceptuaciones que asignan papel tan modesto a un país en desarrollo, dentro del mundo actual, desconocen que es erróneo divorciar la Ciencia de la Tecnología, hija ésta de aquélla; ignoran que separar la Ciencia del ámbito general de la cultura es un grave error. Claro está que al referirnos a la Ciencia, hacemos énfasis en las ciencias físicas y matemáticas.

Ya la Expedición Botánica demostró lo que en el orden científico era posible hacer en un país aislado, intransitable, casi desconocido. Si se hubieran conservado los ritmos de trabajo y producción intelectual que el gran J. C. Mutis impri-mió a una generación (en la que fueron figuras cimeras F. J.

de Caldas y Francisco A. Zea), Colombia sería hoy, guardadas ciertas proporciones, una genuina Potencia.

Que la Ciencia moderna exige costosos, cuantiosos y delicados equipos materiales, es innegable. Pero hay en ella algo más esencial: la calidad humana de quienes la cultivan. Austeridad, desprendimiento, disciplina. El hombre de ciencia conoce el valor y el sentido irreversible del tiempo, trázase metas precisas, no desmaya ante el fracaso. El hombre de ciencia, si lo es verdaderamente y no es un simple burócrata con el nombre de aquél, jamás cobra tiempo extra por sus desvelos. Nunca declara la huelga.

Quizás estas palabras puedan hacer reflexionar a quienes se empeñan en hacer de la Universidad un fortín político, más bien que una fortaleza del Profesionalismo y de la Ciencia. Paralizar las mentes juveniles con incontables huelgas, haciendo inocua la labor de sus profesores, es el mejor servicio que pueda prestarse al atraso. País que se empeña en la inmovilidad es país irredento.

Se impone un cambio de mentalidad en las nuevas promociones universitarias. Es preciso reconocer que, más que toda ideología, la fuerza fundamental para el progreso humano es hoy más que nunca, en esta era del Atomo y la Cibernética, el potencial científico que cada país logre alcanzar!